

Gregorio Luperón

# HOMBRES DE LA RESTAURACION



Santo Domingo  
Logia Cuna de América No. 2.  
1931.





Gregorio Luperón

# HOMBRES DE LA RESTAURACION



*B. Larrazabal Blanco  
estudio*

Santo Domingo  
Logia Cuna de América No. 2.  
1931.



**Qui tali honore  
dignati sunt \*\***

**Sindicato Nacional de Artes Gráficas, C. por A.  
Santo Domingo, R. D.**



BN  
923.27293  
L9656  
e.4

## Hombres de la Restauración

015620



## INDICE

Nota Editorial. . . . .	9
Introducción. . . . .	11
Benigno F. Rojas. . . . .	17
Ulises F. Espailat. . . . .	25
Pablo Pujol. . . . .	31
Juan B. Curiel. . . . .	37
Pedro F. Bonó. . . . .	43
Máximo Grullón. . . . .	49
Alfredo Detjeen. . . . .	53
Epílogo. . . . .	57

## NOTA EDITORIAL

---

La Lojia Cuna de América Núm. 2 cumple uno de los fines fundamentales de la institución masónica iniciando, con el presente opúsculo, una serie de pequeñas publicaciones destinadas a ayudar el desarrollo de la cultura del pueblo dominicano y sobre todo a fortalecer en éste —a fuerza de incitaciones al amor, a la reverencia y al amelioramiento de todo lo nuestro— el sentimiento nacional que es la base esencial de la entidad política cuya representación formal ostenta el Estado Dominicano.

El contenido literal de este opúsculo ha sido extraído del segundo volumen de los Apuntes Históricos, obra histórica y autobiográfica escrita por el prócer restaurador Gregorio Luperón y por él publicada en el año 1896 durante su último destierro.

La asociación editora espera del amor cívico del pueblo dominicano, el jeneroso favor necesario al mejor éxito de la estimulante labor que en el sentido susodicho deja iniciada con la publicación de este opúsculo.

Santo Domingo, Agosto 16 de 1931.







## INTRODUCCION.

Es de importancia capitalísima que una nación tenga tras de sí un gran pasado que contemplar. Ese modelo es el que ha dado tan vigoroso aliento y tanta fuerza y poderoso valor a los patriotas en el pasado y en el presente, para luchar con imponderable bravura por la patria y por sus instituciones. Es él que los eleva y los sostiene, los ilumina y los transporta por la sacrosanta memoria de los grandes hechos nacionales y por los nobles sufrimientos en las empresas gloriosas de sus antepasados. La vida de las naciones, como la de los hombres ilustres, es siempre un vasto tesoro de ejemplos y de experiencias, que bien aprovechados conducen al progreso social, así como mal empleados no se sale de ensayos, de pruebas, de sueños, de ilusiones y de faltas. Como los hombres, las naciones se purifican y se fortifican por las luchas de la libertad y la justicia, y ninguna prueba dolorosa las desvía del radio de sus deberes. Por eso es que los capítulos más gloriosos de la historia de nuestra patria son aquellos que refieren los sufrimientos y los dolores en medio de los cuales su carácter

se ha desarrollado. El sentimiento patrio y el amor á la libertad pueden hacer mucho, pero la prueba y el sufrimiento noblemente soportados hacen más que todo.

Los gobiernos no pueden hacer bien ó mal á sus gobernados sin su consentimiento moral y material, y sin causarse ellos mismos mal ó bien; y cuando un Gobierno procede con justicia y equidad, hace brotar en abundancia lo bueno que hay en ellos. Porque la conciencia moral no perezca jamás, responde siempre al llamamiento por la justicia y la libertad. Es por lo que instruir á los pueblos, es salvarlos de grandes calamidades, porque un pueblo esclarecido es siempre honrado, y jamás derramará su preciosa sangre por la tiranía ni por la esclavitud. Podemos ser engañados; pero vale más ser engañados, que injustos. Para hacer de los gobernados buenos ciudadanos, debe respetarse el ejercicio libre de sus derechos, porque no hay ciudadano donde no hay permiso de ejercer aquéllos; y la justicia, la verdad, la equidad y la libertad, son las llaves que abren el corazón humano, ya pertenezca éste á un salvaje ó á un civilizado. El mejor deber consiste en hacer el bien, y hay que arriesgar algo si se quiere hacer alguna cosa buena.

¡Cuánto no se pierde en nuestra patria, gastando ilimitadamente para hacer hombres bárbaros, opresores, traidores, hipócritas, verdugos, crueles, asesinos, protervos, enemigos de sus compatriotas, de la libertad, de la justicia, de la equidad y del progreso, pero no para buenos y honrados ciudadanos! Olvídase siempre que lo que conserva brillante el honor de las naciones y de los gobiernos, de la familia y de los ciudadanos, es la inmutable perseverancia en el cumplimiento de todos los deberes;

que es una necesidad nacional, dar elevación al carácter individual, para tener buenos ciudadanos, porque sin esto, poco valen el valor y la capacidad intelectual, y de nada sirve la existencia política de una nación, con una vida adolescente del espíritu de moralidad, de justicia y de libertad, cuando sólo es durable lo que se consigue con la libre y perseverante iniciativa moral de la colectividad, cuya conciencia individual, constituye la general que da la estabilidad.

Las mismas cualidades que determinan el carácter de los gobernantes, determinan también el carácter de las naciones. Si no son sinceras, honradas, equitativas y valerosas; si no tienen miras elevadas, nobles sentimientos, amor á la libertad, á la justicia y á su independencia nacional, serán tenidas en escasa estimación, y hasta miradas con desprecio por las otras naciones, y no tendrán ningún peso en el mundo. Para merecer el respeto es necesario la consagración al deber. En cuanto á las instituciones, por buenas que sean en sí mismas, no son suficientes, como sucede en la desventurada República Dominicana, para mantener el carácter nacional á gran altura. Son los ciudadanos, tomados individualmente, y el espíritu de que están dominados, lo que determina la situación moral y la estabilidad de las naciones. Los gobiernos son pocas veces mejores que los pueblos que gobiernan; pero si las masas tienen la conciencia, la moralidad y los hábitos sanos de la justicia y de la libertad, la nación será dignamente dirigida con honradez; si, por el contrario, son corrompidas, egoístas y holgazanas, sin fe en las instituciones, ni respeto a la ley, la dominación de los déspotas, de los pícaros y de los malhechores, se hace inevitable.



Esto fué lo que le sucedió a la noble Francia con Napoleón tercero, y sólo el recuerdo de su glorioso pasado y la energía y honradez de Thiers pudo salvarla. Hoy, por su patriotismo, por su laboriosidad y por su templada democracia, es la admiración del mundo y el respeto de sus enemigos.

Lo que causó la decadencia de Atenas, y lo que perdió á la Grecia, fué que sus ciudadanos no tenían verdadera familia, ni vida, de hogar; sus hombres públicos eran de costumbres ligeras y corrompidas; sus mujeres, las más cumplidas, no eran castas, y su caída se hizo inevitable. Fué más rápida que su elevación.

Lo mismo sucedió a Roma; su decadencia y su caída pueden muy bien ser atribuídas á la corrupción general del pueblo y al amor desenfrenado por el placer y la ociosidad de sus magnates, que miraron con desprecio la vida honrada, porque el trabajo, esa fuente poderosa de la vida de los pueblos, estaba reservado únicamente á los esclavos. Los ciudadanos cesaron de enorgullecerse de las virtudes de sus ilustres antepasados, y el imperio no tuvo más fundamento. Cayó porque ya no merecía vivir, por sus escándalos y sus injusticias. Así es como perecen siempre las naciones viciosas y corrompidas, que prefieren derramar su sangre en luchas infames en favor de los pillos y de los tiranos, antes que una gota de sudor en el trabajo honrado.

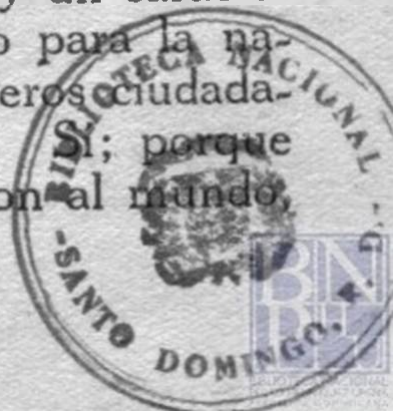
Tales naciones están inevitablemente condenadas á morir políticamente, y las naciones laboriosas y enérgicas, pasan á ocupar su puesto.

La estabilidad de las instituciones depende forzosamente de la estabilidad del carácter nacional. Las unidades depravadas, cualquiera que sea su nú-

mero, no pueden formar una nación sólida y estable; porque cuando el carácter nacional no se sostiene ya, una nación puede ser considerada como próxima á su ruina. Cuando cesa de estimar y de practicar la virtud cívica, la sinceridad, la honradez, la lealtad, la integridad y la justicia, no merece vivir más. Porque cuando los ciudadanos han sido corrompidos por las traiciones y por las rapiñas, depravados por el despotismo é infatuados por el espíritu de bandería, llega un momento en que la virtud, la obediencia, la lealtad, el orden y el honor se pierden, y parece que debieran ser colocados entre las cosas pasadas.

Entonces, en medio de las tinieblas, si quedan afortunadamente personas honradas que se cuentan y se buscan, su sola esperanza está en la restauración y elevación del carácter individual, porque sólo eso puede salvar á una nación; y si el carácter está irrevocablemente perdido, no quedará cosa alguna que valga la pena de ser salvada.

Tan poderoso es el ejemplo heroico y patriótico de los triunfos pasados, que es la principal fuente del valor de cada generación; tan es así, que Don José Nuñez de Cáceres y sus compañeros se inspiraron en Bolívar. Los ínclitos patriotas del 27 de Febrero en los de 1821; y los impertérritos del 16 de Agosto de 1863, en los de Febrero de 1844. Aquellos patriotas, guiados por un ardiente patriotismo, dejaron tras sí el más grande tesoro para su país: el sublime ejemplo de una vida llena de heroísmo y de abnegación sin mancilla y un carácter elevado, puro y honrado; un modelo para la nación en que pueden formarse verdaderos ciudadanos, y patriotas dignos y respetables. aquellos patricios inmortales probaron al mundo,



que la grandeza de la nación no depende de la extensión de su territorio, ni del número de sus moradores, sino del carácter nacional.

Hoy, la República Dominicana, tiene la imperiosa necesidad de recordar la gloriosa memoria de sus hechos, para volver con valor y dignidad por su honra y por sus derechos conculcados por la más humillante tiranía. Es la razón por qué vamos a intercalar aquí las biografías de algunos de los hombres que tomaron parte en los memorables gobiernos de la inmortal restauración dominicana, describiendo con la mayor brevedad, los gloriosos hechos de aquellos notables ciudadanos, que en la defensa sagrada de la patria se elevaron á sublime altura.

Es una justicia que la patria debe á esos beneméritos, haciéndolos conocer á las nuevas generaciones. Por otra parte, el que escribe estas líneas, cree que cumple con un sagrado deber y paga una deuda de imperecedera gratitud.

Ellos fueron diferentes á los tiranos que han envenenado la educación nacional con su funesto despotismo, dejando por enseña el abandono del trabajo, el menosprecio á la probidad, al derecho, á los deberes, á la patria, á su independendencia, á la democracia, á la justicia, sumergiendo el país en la relajación, la bancarrota y el pavoroso vicio de la tiranía, llevando su desprecio hasta ese sacro culto por las augustas sombras de los que fueron y lucharon noblemente en los combates por la patria libre.

## BENIGNO F. DE ROJAS.

Era abogado profundo, publicista de brillantes formas y de atrevidas ideas, que arrebatava con la belleza de su estilo y convencía con la verdad de sus argumentos. Era orador singular, que con su fecunda elocuencia dominaba hasta en las conversaciones familiares, y encendía los corazones más indiferentes. Poderosamente abrumador con el peso de la realidad de los asuntos que trataba. Veía siempre con ojo certero las dificultades que oponen los hábitos arraigados, á las reformas del progreso, así como un buen general ve el campo de batalla y lo domina.

Unía en sus peroraciones la belleza de la forma con el interés por la libertad, por el derecho, la moralidad y la justicia.

Educado en Inglaterra, desde temprano, se ejercitó en el arte oratorio, y entró en el colegio de Abogados de donde salió nombrado canciller, siendo después primer secretario de la legación inglesa en Washington, donde tuvo lugar de penetrarse bien de los principios democráticos, adquiriendo una superioridad en el conocimiento de los negocios

públicos, que lo colocó á gran altura.

Rojas alcanzó la mayor confianza del Gobierno inglés, hasta quedar encargado de la legación por mucho tiempo; mas cuando el pueblo dominicano, el 27 de Febrero de 1844, volvió por sus derechos contra Haití, reclamando su dignidad y su independencia, Rojas, conmovido de entusiasmo por el poderoso grito de libertad lanzado con tan valeroso aliento por su patria, renunció á la legación inglesa y se dirigió á su país. / Corrió á henchirla con sus claras ideas, vertidas en la prensa y en la tribuna. Voló de la soledad del ostracismo á las dulzuras de la patria, que nunca nos parece tan bella como cuando la vemos oprimida. Pero hay en la vida tormentos y dolores que no terminan sino con la muerte. Así fué que al regresar Rojas á su patria, para poner al servicio de ésta, su esclarecida inteligencia y su imponderable buena voluntad, tuvo que luchar mucho contra el egoismo, la ignorancia y el empedernido absolutismo de los gobernantes, que no se habían desprendido de la única herencia que dejaba en el país la dominación haitiana. / Fundó periódicos, en los cuales no se cuidaba de disimular las inconveniencias políticas de los gobiernos, lo que le proporcionó el odio más implacable del General Santana y su camarilla, que lo consideraron como un visionario y un perturbador del orden establecido. / Públicamente se le acusaba de conspirador porque era resuelto defensor de la libertad de la prensa, de la libertad individual y de la libertad de cultos. Y, positivamente, para aquellos hombres tan estrechos de conocimientos democráticos, con un horizonte tan limitado de la vida pública, Rojas era un díscolo, porque resultaba una especie de Cremieux de la República Domini-



cana.

Santana no podía perdonarle el atrevimiento de querer despertar los pueblos del sueño en que vivían.

Andando el tiempo, la opinión pública de la capital, con muy raras excepciones, quizás por la novedad de sus ideas, le era contraria. Los demás puntos del país, poco versados en las discusiones de la prensa, eran poco menos que indiferentes, y aunque hablaban de la democracia, no tenían idea exacta y precisa de su verdadera esencia. Algunos la confundían con la herejía, y otros con la demagogía. Sólo algunos hombres de verdadera luz, en todas las provincias, sabían apreciar los trabajos de Rojas.

Después de los mayores desengaños causados en él por la política de aquellos hombres perversos, por ignorancia y puro egoísmo, Rojas se entregó por completo al foro. En los tribunales se hizo más notable y ningún abogado llegó á merecer del público tanta confianza como él; fué siempre el preferido de los litigantes. De ahí lo vino á sacar el movimiento progresista del 7 de Julio de 1857. Ya anteriormente el General Santana le había propuesto el Ministerio de Hacienda y Comercio, que Rojas no aceptó, convencido de que sus proyectos de reformas económicas hubieran sido rechazados por la perniciosa camarilla del General Santana, por puro antagonismo. Conocía perfectamente la guerra que le hacían, y cuánto empeño tenían en desacreditarlo; pero con la situación del 7 de Julio aceptó sin reserva alguna la vice-Presidencia de la República. Cuando Santana se alzó contra el Gobierno, Rojas y sus demás compañeros se retiraron á los Estados Unidos de América. Regresó cuando se

promulgó la amnistía, volviendo á consagrarse al foro. Cuando el General Santana anexó á España la República Dominicana, ninguno de los amigos de Rojas quisieron firmar aquel acto inicuo, pero guardaron la más grande reserva, por las amenazas que muy á tiempo Santana les dirigiera. Rojas, temeroso sin duda de estas amenazas, en los primeros acontecimientos de Sabaneta y Guayubín, el 21 de Febrero de 1863, y por un mandato de la autoridad superior, tuvo que acompañar la columna del General José Hungría á Guayubín. Y al estallar el segundo movimiento del 16 de Agosto de 1863, Rojas fué requerido por los patriotas para la formación del Gobierno en que fué nombrado Vice Presidente, y encargado de la dirección general del referido Gobierno. El estaba verdaderamente llamado, por sus luces, á dirigir con acierto un acontecimiento de tanta importancia, de tanta magnitud y de labor tan eminente.

Este hombre verdaderamente superior, fué hecho como de encargo para una situación tan apremiante como aquélla.

Fué hombre de Estado de primer orden, apóstol de ideas avanzadísimas, de principios democráticos, distinguiéndose notablemente por su honradez y la pureza de sus pensamientos. A él le debe mucho la restauración dominicana, y ojalá que muchos puedan hacer por la patria tanto como él.

Después de haber establecido la pauta de todos los trámites oficiales, dimitió la vice-Presidencia del Gobierno, que fué ocupada por su distinguido pariente el ilustre ciudadano Don Ulises F. Espaillat.

A la caída del Gobierno del General Gaspar Polanco, Rojas fué nombrado Presidente del Gobierno, y Luperón vice-Presidente; pero prefirió la

Presidencia de la Convención Nacional; y durante sus trabajos, Luperon ocupó su puesto en la dirección del Gobierno. Cuando la Convención Nacional eligió al General Pedro Antonio Pimentel Presidente de la República, Rojas también fue elegido vice-Presidente.

Era Rojas hombre de elegante talla, bello de rostro, noble en su porte y en sus ademanes, singular en la flexibilidad de la voz, muy elocuente en los arrebatos de la pasión, rápido en la réplica, fino y digno en la defensa, profundo y brillante en los argumentos, apologista apasionado del sistema parlamentario inglés, cuyas virtudes proclamaba con deslumbradora elocuencia; por lo cual parecía un ciudadano de todos los países y un contemporáneo de todos los tiempos. Siempre practicó las virtudes que predicaba, sin doblar la rodilla ante el poderoso. Fue el sentimiento de la libertad, sin ser esclavado de ningún tirano. Siempre encastillado en la roca de la razón, la verdad era su culto.

Era el tipo más leal y puro de cuanto había de prestigioso y bueno en la sociedad dominicana y no se podía, sin marcado odio y festinación, dejar de rendir homenaje á la fineza y á la honradez de aquel gran ciudadano.

En aquella guerra épica, de titánicos combates y de inmarcesible gloria, sólo existía para Rojas un hombre que le era insoportable. Creía buenamente que ese hombre era un obstáculo, y lo sufría con dificultad. Ese hombre es el que la Providencia ha querido que sobreviva hasta hoy, para que estas mal trazadas líneas rindan á su venerada memoria el pobre homenaje de su sincera gratitud por los grandes servicios que con tan noble patriotismo prestara á su patria.

Cuando el General Cabral se sublevó en la capital contra el Gobierno del General Pimentel, Rojas, como vice-Presidente del Gobierno, acompañado del Ministro Don Teodoro Heneken, llegó á San Carlos, extramuros de la capital, donde fueron detenidos por orden del General Cabral, jefe de la revolución. Allí murieron ambos en el curso de un mes. Es un misterio aún la muerte de aquellos dos notables hombres de Estado. Ha muerto una mujer, llamada Maria Vicenta, que dijo en 1866 á los generales Pimentel, Federico García y al que escribe estas líneas, que formaban en aquella época el Gobierno del Triunvirato, que Rojas y Heneken habían sido envenenados por un grupo político de la capital, partidarios del General Cabral. Las pesquisas que se hicieron fueron ineficaces para llegar á la verdad de aquella denuncia; pero el tiempo, que es tan poderoso para no dejar nada oculto, se encargará de descubrir la verdad á las futuras generaciones.

Don Benigno Filomeno de Rojas, aunque era vice-Presidente de la República, no estaba encargado del poder, y podía defenderse de los cargos y de los agravios que hacía el país al General Pimentel, que fué el único que hirió el derecho de los ciudadanos, á los cuales no podía pedir ni fuerza ni alimento para sostener su Gobierno despótico.

Pero ningún motivo existía para que Rojas fuera mártir de la bastarda ambición de un partido rebajado, perverso y anti-nacional, que amparado de aquel movimiento, viniera á mancillarlo con el asesinato de ilustres patricios en la triste soledad del confinamiento, apagando de ese modo la luz de la vida á ciudadanos que con gran inteligencia habían defendido el principio de la vida humana, la

justicia y la libertad.

Desgraciadamente, cuando se levanta un tirano, el pueblo calla, y los hombres dados á la esclavitud le obedecen y ponen toda su voluntad en el crimen, sin temor al juicio del mundo ni al castigo de Dios.

Los crímenes quedan en silencio, porque la voluntad de los más conscientes en semejante iniquidad.

Afortunadamente, hay una voluntad más grande y más poderosa que la de los tiranos y la de los pueblos cobardes: es la de la historia.

Ni los tiranos ni los pueblos tienen derecho contra el derecho á la vida.

Cuando contemplamos el espectáculo que presenta la sociedad dominicana, no podemos reprimir un sentimiento de profunda veneración y respeto por los hombres cuyos rasgos biográficos estamos escribiendo. Ellos, armados de su potente patriotismo, se lanzaron con imponderable bravura á la tempestad de la guerra por la patria.

Lo que más nos admira en ellos es el valor y la virtud de que hoy carece esta sociedad enfermiza, sin interés ni abnegación, que no conoce la fecunda virtud del sacrificio. Aquellos hombres no consintieron nunca en bajar la frente ante las injusticias.

Rojas fué legislador y magistrado habilísimo, publicista y estadista de gran mérito, orador incomparable, que supo combatir con gran talento al despotismo. Al apagar aquel volcán de ideas generosas, se mutiló en mucho el porvenir de la República.



## ULISES F. ESPAILLAT

Inteligente farmaceuta y recomendable médico práctico, ilustre periodista, preclaro ciudadano, brilló con admirable esplendor en las luchas políticas de la patria como brillan las estrellas en el cielo. Bienévolo, sólo sabía hacer el bien sin ofender á nadie. Desde muy joven consagró sus esfuerzos á la libertad y al engrandecimiento de su país, no obstante la indiferencia y las dificultades de su época.

Hombre firme y sencillo, se distinguió por su valor, su cordura, su moderación y su honradez en todas las circunstancias desde 1844 hasta su muerte. Como publicista y republicano convencidísimo, tomó gran parte en favor de los sucesos del 7 de Julio de 1857; y al caer el Gobierno del General José D. Valverde tuvo que salir emigrado, con varios compañeros, á los Estados Unidos de América, en cuya república estudió la forma y la estructura de aquella poderosa democracia. Poco tiempo después de haber regresado á su país, realizó el General Santana la torpe y funesta anexión de la República á España; y Espaillat, con toda la fuerza de



su patriotismo, desaprobó aquel horrible atentado, y estuvo atento al primer grito de libertad y de vida para la República, como cumplía á la austeridad de su carácter.

En la formación del Gobierno del 14 de Setiembre de 1863, ocupó el Ministerio de Relaciones Exteriores; y cuando Don Benigno F. de Rojas renunció á la vice-Presidencia del mismo Gobierno, fué nombrado Espaillat para el desempeño de ese cargo, ocupando el mismo puesto en el Gobierno del General Gaspar Polanco. Nunca procuró la venganza, rechazándola siempre con buena intención. Sin aparentar heroísmo, alentaba á los patriotas al combate, y no rehusó ningún sacrificio por la victoria de la patria. Sus esfuerzos se encaminaron siempre á prever y evitar las faltas y las dificultades que muchas veces fueron inevitables y á olvidar los peores días. El Gobierno del General Pimentel, sin motivo, le privó de su libertad con todos sus nobles compañeros; después lo confinaron á los campamentos de Samaná. En su vida pública sufrió muchas é injustas persecuciones del General Santana, de Pimentel y de Baez, sin que diese pretexto para tales atropellos. Sin dejarse arrastrar por la impaciencia, fué siempre cauto y tuvo completo imperio sobre sí mismo. En el cumplimiento de su deber, era inalterable, y no bastaban ni amenazas ni consejos. Siempre que las circunstancias lo exigían salía de su reserva á hacer causa común con sus co-partidarios, sobre todo cuando veía peligro para ellos, aunque los hechos le fueran completamente adversos.

Sus cartas eran elocuentísimas, é inspiraban elevados sentimientos y elevadas ideas á las jóvenes generaciones. Triste y melancólico, replicaba siem-





pre á los déspotas con estas elocuentes palabras: "jamás arrancaréis á mi conciencia un voto aprobativo para la tiranía". Moderado por temperamento, liberal y justo, contribuyó poderosamente á consolidar el partido nacional y á consumir la descomposición del partido reaccionario, enemigo de la independencia y de la Nación, ya dado á someter la patria á dominaciones extranjeras. Espaillat era hombre de mérito real, escritor público, pensador profundo, insigne proclamador del dogma de la razón libre y de la autoridad de la inteligencia humana

Después de tremendas decepciones y de penosos sufrimientos por las continuas revoluciones, fué levado á la Presidencia de la República por una mayoría espléndida; pero su patria no estaba preparada para tan sublime magistrado, y una revolución sin más principios que la ambición y el desorden lo derroó del poder.

Sobrio y sufrido, pidió á la Cámara que le rebajara el período de cuatro años de la Presidencia de la República á dos, estando en el poder, y se resistió á firmar sentencias de muerte. Percibía con rapidez las relaciones más ocultas de los grandes principios, y se expresaba con oportunas metáforas, billantes imágenes é ingeniosas agudeces que parecían chispas eléctricas desprendidas de su espíritu.

Su constancia en los principios era inalterable. Sus inagotables chistes, su esmero en el hogar y la dulzura de su noble trato, hacían de su laboriosa vida uno de los tipos más envidiables de la República.

Jamás pretendió imponer sus opiniones á los demás; y cuando vió en su último retiro cargado el cielo de su patria de tremendas tormentas, sintió la

desesperación como los antiguos romanos al ver la ruina de la civilización clásica, y murió sin vituperar su suerte ni los sucesos; sin negar el progreso ni el poder de la democracia; sin maldecir las audacias de los malhechores de Estado, porque sabía perfectamente que la mano del tiempo se encarga de destruir el despotismo, así como las brisas alejan y disipan las nubes. En la desgracia; en las horas horribles de la vida pública; cuando la cosecha de los males vienen como aguaceros; cuando el fio del desengaño cae sobre el corazón más fanático; ya en el borde de la muerte; oyendo por último ruido la algazara de sus enemigos que entraban a ocupar su ciudad, conservó integérrimo su carácter, su personalidad y su alma.

Su ilustre nombre, engrandecido por tan nobles servicios, es inmortal. Su aureola impercedera, sirve de sublime ejemplo y de radiante uz al pueblo, para inspirar el bien. Como farmacuta y médico, era Espaillat un segundo Raspail. Por sus conocimientos, templanza y madurez en el gobierno de la nación, fué un segundo Grevy. Honrado, generoso, morigerado y conciliador, consagró su vida entera al culto de la justicia, de la caridad y de la libertad; al amor de la independencia nacional, de su familia, de sus amigos, del bien público, sin prestarse jamás al desorden ni á las injusticias; y aunque no siempre tuvo las consideraciones que merecía, alcanzó los honores de la gratitud de sus numerosos amigos y de la nación.

Un día la historia lo colocará en el puesto más digno entre los distinguidos hombres de Estado de América, para que sirva de insignia al civismo.

De su inmortalidad se levantará más clara la ley moral, el individuo, la conciencia, la demo-  
cracia.

cia y la libertad. La verdad lució en el santuario de su vida.

Cuando los tiranos convertían la República en hechura de sus caprichos, y la autoridad y la libertad se perseguían con encarnizamiento, vengando los agravios con inauditos horrores; cuando los cobardes callaban los oprobios de la tiranía; cuando esos viles pusilámines fabricaban arcos de triunfo á los déspotas y á los verdugos, y todos se prosternaban ante los pasos de los malvados, Espaillat, firme en su dignidad y seguro en su conciencia, declaraba que ni los tiranos, ni sus satélites, ni los legisladores, ni los pueblos tienen derecho contra el derecho.

Los amigos que tanto le querían, la familia que tanto lo adoraba, los patriotas y los desgraciados de quienes era consuelo y consejero, saben cuánto ha perdido la patria con su muerte. Esta dignísima figura, compendio de todas las virtudes, debe quedar como recuerdo eterno en la memoria nacional.



## PABLO PUJOL.

Educado en Barcelona, Cataluña, adquirió una brillante erudición. Se dedicó al estudio del comercio, de las letras, de la filosofía y aprendió siete idiomas. Llegó á ser un orador distinguido y hábil. De regreso á su patria fué testigo, durante algún tiempo, de la dureza de la dominación haitiana, á la que no podía sufrir sino á fuerza de prudencia; y cuando el pueblo lanzó el grito contra la opresión, encontró á Pujol preparado. Tomó éste con verdadero entusiasmo parte muy activa en la defensa de la patria, siendo tan desinteresado como valiente y discreto en aquella inolvidable guerra de la independencia.

Empapado en el espíritu de la política nacional en aquellos tiempos de profundas divisiones, como todos los del Cibao, tenía simpatías por Santana. Pujol, sin embargo, se dedicó al comercio, sin tomar parte en las agitaciones populares. Pero cuando Baez volvió á escalar el poder en 1856 y se declaró imprudentemente enemigo del Cibao y de su comercio, Pujol fué uno de los primeros en el pronunciamiento del 7 de Julio de 1857, movimiento

que se extendió rápidamente por todos los ámbitos del país, contra aquel indigno y mezquino mandatario.

Estaba Pujol, dotado de un temperamento de bronce, con una vivacidad eléctrica que le daba inmen-  
chísimo prestigio.

Con sus arranques tenía el arte de saber con-  
mover á la nación.

Fué Ministro del progresista gobierno del 7 de Julio de 1857, y como todos sus compañeros, tuvo que alejarse del país á los Estados Unidos, por algún tiempo. Llamado después por el remordimiento del General Santana, volvió á ocuparse de sus negocios mercantiles, indiferente á la política interior. Empero otra sorpresa mayor le esperaba, como también á sus dignos compañeros y al país entero, que estaban muy lejos de suponer que el General Santana, no solamente por puro egoismo y envidia había derrocado el Gobierno del distinguido General don José D. Valverde, sino también para entregar el país a los españoles. Así, se presentó el 18 de Marzo del 1861, que fué un día doloroso para Pujol y para la viril y siempre heroica Provincia de Santiago de los Caballeros, donde por mandato arbitrario del General Santana se alzó el pabellón de Castilla en reemplazo del pabellón nacional. Pujol entonces, impulsado por su patriotismo, auxiliado por la abundancia prodigiosa de su palabra, la claridad de sus pensamientos, la precisión de sus juicios, el nervio de su estilo, el calor de su entonación que daban el mejor relieve á sus discursos, y que herían necesariamente la fantasía del pueblo, y despertaban en él el entusiasmo sincero, dió, junto con sus compañeros, el grito contra el traidor, proclamando la emancipación de la patria. Cayó



con otros, prisionero, en el movimiento de Febrero de 1862, y muy poco faltó para que lo fusilaran. Gruesas sumas le salvaron la vida. Los atropellos, las crueldades y los asesinatos fueron tantos y tan espantosos por aquel malogrado acontecimiento, tanto en Santiago como en la Línea del Noroeste, que la revolución no se hizo esperar.

Don Pablo ocupó la cartera de Hacienda y Comercio en el Gobierno que se instaló el 14 de Setiembre de 1863, y desde luego consagró todas sus facultades al servicio constante de la revolución.

Odiaba don Pablo con implacable odio al General Santana, por su oprobiosa tiranía, y odiaba más aún, si cabe, la dominación española, que tantos males causó á él y á la patria.

Jamás hombre alguno ha luchado con más entereza en un asunto tan grave y con más importancia para su causa. Así como no hay nada que sea tan tímido como los elementos conservadores, es positivo que no hay nada que sea tan audaz como los elementos revolucionarios. Mientras los primeros se desconciertan y se desesperan al menor contratiempo, los revolucionarios viven, crecen y se agrandan desmesuradamente en el seno de las tempestades. Don Pablo, mal avenido con los tiranos, los aborrecía á muerte, y no se paraba en los medios para derrocarlos prontamente, y sus conjuraciones alentaban su esperanza; porque creía era un error grave suponer que la tiranía estaba profundamente arraigada en nuestro país, y su política se encaminaba á desarraigarla, á fuerza de asaltos y de golpes.

Decía que la conciencia popular, profundamente herida é indignada, nunca había sancionado los atropellos del tirano; y acrecentaba la fuerza

para derribarlos.

Era Pujol más apasionado que razonador, y estaba dotado de un aliento de fragua, de una voz de trueno y de una voluntad imperturbable. Se le encontró siempre pronto á la pelea; era infatigable en los debates, liberal por carácter, democrático por educación, republicano puro, y de convicciones profundas. Con la fuerza de su titánica palabra, se lanzó en la guerra de la restauración, como un rayo, con la mayor lealtad y honradez, dispuesto á vencer ó á morir por la reivindicación de la patria. De temperamento bilioso y con risa estridente y nerviosa, era el eco de la revolución, representándola con su potente oratoria. Era la audacia viva del pensamiento nacional, y la osadía del ánimo del pueblo.

Impresionable y apasionado, íntegro y entusiasta hasta el extremo, inspiraba siempre los más elevados sentimientos, alentando siempre á los desfallecidos para lanzarlos á la lucha por la justicia, reclamando con ira implacable el castigo de los perjuros.

Era el Gambetta de la República Dominicana, dando extraordinario brillo á la causa de su partido y asaltos formidables al despotismo.

El Gobierno del General Pimentel, que no pudo perdonarle ciertas genialidades, lo redujo á prisión, y á súplicas de Luperón lo confinaron, junto con Espaillat, á Samaná. En 1866 fué Ministro de Hacienda y Comercio del Gobierno del General José María Cabral, quien, cuando se vió amenazado por una revolución pujante, que proclamaba al reaccionario General Buenaventura Baez, envió al Ministro Pujol á negociar con el Presidente Johnson; de los Estados Unidos de América, la venta ó ena-





jenación de la bahía de Samaná. Derrotado el Gobierno de Cabral, antes que Pujol pudiera realizar su encargo, regresó éste á Turks-Islands, donde se unió á la expedición del vapor Telégrafo, dirigida por Luperón. Se batió en todos los encuentros de la mencionada expedición, con verdadera bravura. Desembarcó en Barahona, cuando Cabral rehusó dar á Luperón la fuerza que le pedía para atacar á Azua y á la Capital de Santo Domingo, y después de algunos encuentros en el Sur, donde siempre se portó digno de su nombre y de su espíritu, murió de fiebre en San Juan de la Maguana.

Durante la guerra de la restauración de la República, fué Pujol Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Gobierno del General José Antonio Salcedo, en Washington, cerca del Gobierno del Presidente Lincoln. Fué siempre leal defensor del partido nacional y constante enemigo del partido reaccionario. La misión que llevó del Gobierno del General Cabral á Washington para negociar ó enajenar una parte de la República era una traición á sus principios y á los de su partido, é hizo notable daño á su ilustre nombre. Su prestigio perdió la aureola de patriota que tenía tan bien conquistada, aunque después vino voluntariamente á luchar con heroísmo por la independencia de la República y de la bahía que había tenido el encargo de vender. Su inesperada y triste muerte fué vivamente sentida por todos sus compañeros y por sus numerosísimos amigos.



## X JULIAN BELISARIO CURIEL.

Abogado distinguido, de carácter astuto, incisivo, suspicaz y susceptible; activo y laborioso en sus funciones, político inquieto y extremadamente agitador; orador elocuente en lo recio de las tempestades; lleno de vivacidad; ocupándose de todo y estando en todas partes, era capaz de hacer con prontitud y audacia lo que resolvían los demás.

En la conversación era lucido y ameno, cualquiera que fuera el asunto de que se tratara. Amaba á su patria incondicional y ardientemente. Era leal con sus amigos y consecuente con los principios modernos más avanzados. Con sus inacabables bríos, prestó grandes servicios á su país, ayudado, además, de su moralidad pública y privada.

Sirvió en el ejército contra las frecuentes invasiones de Haití, y en la guerra civil del 7 de Julio de 1857 alcanzó el grado de Coronel, que era muy difícil obtener en aquellos tiempos de rigidez militar, donde el relajo de los grados militares no podía abrirse paso con ningún favoritismo. Después se retiró del ejército, entregándose por completo á la carrera civil, donde adquirió fama y notabilidad.



Tomó participación en el movimiento de Febrero de 1863 contra los españoles; fué hecho prisionero y puesto luego en libertad. Oficial de las reservas, se encerró con la columna española en la fortaleza de Santiago, pero al retirarse las tropas españolas para Puerto-Plata se pasó á las filas de los libertadores de su patria.

El día 14 de Setiembre de 1863, al instalarse el Gobierno, el Coronel Julián Belisario Curiel fué nombrado Ministro de la Guerra, debido á la generosidad del General Ricardo Curiel, á quien se le propuso primero, rehusándolo para suplicar que nombraran á su hermano, con el fin de alejar del espíritu público las sospechas que pudieran abrigarse contra él; hecho digno que mereció la aprobación de todos.

Aquel mismo día redactó el manifiesto de la solemne declaración de nuestros derechos.

Belisario Curiel era algo perplejo, perdiéndose con frecuencia en la duda. Formado en medio de las revoluciones, era hombre á propósito para las conspiraciones, y fué un conspirador perpetuo en todos los accidentes políticos. Desconfiaba del desinterés y de la virtud de los demás, y la desconfianza era una enfermedad moral en él. Sin duda nacía esto de los reveses de aquellos agitados tiempos que habían dejado en su espíritu el fruto venenoso de una época desgraciada, en que la vida de la sociedad parecía ser la vida de la persecución. Sin embargo, no pretendió aprovecharse de la política para ejercer venganza. Era gráficamente el movimiento perpetuo de la revolución, con sus investigaciones y su actividad febricitante.

Como Ministro de la Guerra, sin conocer exactamente el arte de una gran revolución, andaba mu-

chas veces como saltando en las tinieblas, lo que dificultaba las operaciones de aquella lucha difícil.

Espaciábase en teorías inverosímiles sobre las combinaciones que reclamaba la autoridad de la práctica hábil, y no la incertidumbre.

Tenía gran ambición y estrechos horizontes; mucha imaginación, pero pocas ideas, y estuvo siempre resuelto á la acción, pero ignorando qué hacer en los instantes supremos. Pagado de sus opiniones, se conformaba con una política imposible, con ánimo de obtener cierto renombre.

Como abogado era capaz de sostener con igual serenidad el pro y el contra, brillando más que en los demás, en los asuntos criminales.

Ansioso de emociones, le enfadaba el reposo que contrariaba su espíritu esencialmente agitador, siendo más un hombre de expedientes que de Estado.

El imprevisor Gobierno del General Pimentel, obedeciendo á enojos particulares, redujo á prisión al General Curiel. Después fué Ministro del Gobierno del Triunvirato, donde prestó interesantes servicios, junto con el mismo General Pimentel, que antes había acusado al General Curiel de conspirador.

Era difícil conocer su carácter íntimo en su expresión más alta; pero jamás dió un mal ejemplo de desorden y siempre fué amigo del pueblo y de la libertad.

Muchos lo acusaban de que tenía la manía de buscar los destinos para los hombres, y no los hombres para los destinos. Que solía pagar un favor personal con un puesto importante, y que los favorecidos sólo se ocupaban del lustre y el lucro, más que del trabajo y de la justicia, comprometiendo



muchas veces los grandes intereses, próximos siempre á graves peligros. Es cierto que hubo algo de eso, pero son tan raros los hombres de Estado que llegan al poder y no se hacen los patrocinadores de sus amigos, que hoy, puede decirse, ésa es la manía y la falta de la mayoría de los hombres de Estado.

En el Gobierno de los seis años, del General Baez, fué prisionero y expatriado. Acompañó á Luperón en la expedición del "Telégrafo", se batió con bravura, distinguiéndose como sufrido y constante. Desembarcó en Barahona, cayó prisionero en las Matas de Farfán, y junto con otros patriotas fué fusilado por orden de Baez, en Azua, porque en aquel tiempo tenía Baez el delirio de la crueldad; y más atroz que Rosas en Buenos Aires, sólo bebía sangre; llegando á tal exceso la ferocidad de su gobierno, que los prisioneros políticos eran fusilados sin formación de juicio.

La maldita sed de sangre era el menguado consejero de Baez.

El General Curiel, descendiente de Curazao, carecía de reserva, era un tanto malicioso, alegre y bromista; concebía con prontitud una idea y la comunicaba á todos con vehemencia, interesando más á la imaginación que al raciocinio, aunque la expresaba sin la menor violencia, dada su esmerada cultura.

El partido demócrata lo recuerda siempre, lo mismo que á Don Pablo Pujol, sin olvidar la desgraciada suerte que á ambos cupo ni sus importantes servicios. No se sabe dónde reposan sus venerables cenizas, pero tienen el panteón de la gratitud de sus amigos y de la gloria nacional, que ningún tirano podrá destruir jamás; panteón que no perderá nunca su mérito, porque representa el valor, la ardien-

te fe y el patriotismo de las generaciones. Época era aquélla en que las manos trémulas se fortalecían en la defensa de los sagrados derechos de patria, conservando á ésta su carácter, su personalidad y su alma, sin detenerse por la multitud de obstáculos que se les presentaban, dejando siempre aquellos hombres el premio de su trabajo á la satisfacción profundísima de la propia conciencia y á los fallos inapelables de la historia, esa poderosa luz de impercedera vida. Las generaciones venideras meditarán sobre la cruel agonía de tantos héroes que prefirieron acabar su vida gloriosamente en el bárbaro suplicio por la independencia y la libertad de la patria, á ser esbirros de un tirano. Y cuando las calamidades que pesan sobre la patria puedan herir el corazón y el sentimiento de los ciudadanos, en cuyas manos está la suerte de aquélla, pensarán con madurez en las desgracias que se pueden evitar y en las glorias que se pueden adquirir.





## PEDRO FRANCISCO BONO

Ciudadano respetable, muy instruido y de meritorios antecedentes, implacable enemigo del mal proceder, sinceramente apasionado por la justicia, la libertad y la democracia. Hombre íntegro, de escuela práctica y seria, de carácter severo y rígido, sobrio en sus maneras, estoico en su vida; intransigente en sus opiniones, firme en sus propósitos; perseverante en los principios; de valerosa entereza; de larguísimos servicios. Amante del aislamiento proveniente del juicio desfavorable que hubo formado de las cosas públicas de su país; competente en medicina práctica; concienzudo legislador; magistrado grave y profundo; hábil político y leal hombre de Estado; anheloso de sentir su corazón, desfallecido por las veleidades políticas, las palpitaciones de nuevas esperanzas favorables á la patria. De temperamento capaz de concedir las mejores ideas y de cumplir con su deber, sirvió como secretario del ilustre y benemérito General Juan Luis Francisco Bidó, caudillo en la guerra de independencia contra Haití, que dirigió y ganó la batalla de Sabana Larga en 1856.

Hombre puramente liberal, tomó una parte muy activa en los acontecimientos del 7 de Julio de 1857; y cuando el General Santana tramó la conjuración contra el Presidente Don José D. Valverde y puso su fangoso pié sobre el armiño de la soberanía nacional, derrocando aquel Gobierno, Don Pedro F. Bonó fué uno de los tantos que se alejaron del país, para evitar las persecuciones del tirano. Se dirigió á los Estados-Unidos del Norte, y acompañado de Espaillat y sus nobles compañeros, se ocupó de estudiar con la mayor observación aquella poderosa democracia que tanto asombra al mundo; y como la historia, á semejanza de la Providencia, no deja perder nada bueno, aquellos hombres, llenos de odio á la tiranía y de amor á la libertad, trataron de llevar á su patria aquel sistema de gobierno; adquirieron ideas profundísimas y las expresaron en formas perfectas que resplandecieron como estrellas fijas en el camino del renacimiento político de su pueblo.

Cuando el tirano proclamó la amnistía, volvieron á su patria, con la esperanza en el porvenir.

Cuando estalló la revolución del 1863, como ésta halló á aquellos ilustres ciudadanos bien preparados, Bonó, herido profundamente por la anexión española, lleno de patriotismo, fué uno de los manifestantes más ardientes y decididos contra aquel hecho humillante. Y, cuando la República resucitó y levantó la frente, teñida de sangre, pero rugiendo de bravura, Bonó corrió á su puesto y fué uno de aquellos celosos ministros de la titánica y memorable defensa nacional. Confiadísimo en la justicia de esta causa sirvió con entusiasmo, inteligencia y valor.

Doctrinario antiguo del derecho de los pueblos,

firme, inflexible y resuelto, jamás se le vió cejar ante la crisis ni ante los peligros, por graves que fuesen, sabiendo mantener con toda dignidad los derechos de sus funciones en medio de aquella acumulación de extrañas circunstancias; y cuando apareció el Gobierno del General Pimentel, se alejó de la lucha como incapaz de abrigar hostiles sentimientos contra sus ilustres compañeros, reducidos á prisión por Pimentel. En el Gobierno de Cabral aceptó un Ministerio, llevando los asuntos de su cargo al terreno positivo de la conciencia política y no al terreno de los hechos rutinarios.

Publicista inteligente y hábil, ha defendido siempre los derechos del hombre, los verdaderos intereses de la patria, los de la sociedad, los de la civilización, con conocimiento verdadero, con moderación y conciencia, sin apartarse de las leyes ante los altares de la justicia. El ha viajado por Europa para rendirse exacta cuenta de su progreso, con cuyo estudio ha madurado mucho más sus ideas filosóficas.

El partido demócrata lo ha propuesto como candidato á la Presidencia de la República varias veces, pero él ha declinado la honra que han querido concederle. Después de largas persecuciones injustificables del Gobierno de Baez, y de un largo alejamiento de los negocios políticos, aceptó del Gobierno del ilustre Espaillat, el encargo de Inspector General de agricultura de la rica provincia de la Vega, al mismo tiempo que rehusaba un Ministerio, lo que habla muy alto en favor de su modestia y de su noble empeño por el progreso de la comarca de su residencia.

Han querido algunos destruir su reputación de hombre progresista, condenándolo como al que in-

apelablemente rechaza los modernos progresos, sin duda porque no se han penetrado del espíritu de sus escritos, ni de la mente de sus propósitos.

Desde la caída del Gobierno de Espaillat, permanece retraído, y mucho más desde que la espantosa y depravada oligarquía del pernicioso Gobierno de Heureaux, abandonando todos los principios racionales, campea como salvaje, estropeando todos los derechos, ensangrentando los pueblos, avasallando y arruinando la nación, precipitando la República en los mayores peligros, para aumentar la personal fortuna del miserable Presidente. En época tan siniestra, sin más voz que el vociferar de los esbirros, Bonó, lleno de hondos presentimientos de una desgracia inevitable, con la conciencia profundamente herida é indignada, no ha sancionado los atropellos ni las violaciones del usurpador, como respetable, conciudadano y benemérito patriota que es, y continúa mucho más alejado del tumulto de tantos desórdenes públicos y administrativos hasta que llegue el día supremo para esta crisis social; y no hay protesta más significativa contra el despotismo, que el silencio de tales hombres.

Este gran ciudadano es el Charlemel Lacour de la República Dominicana. Hoy se escuda tras el más sagrado de los derechos, el derecho del silencio. Pero la tiranía es una red por cuyas mallas se escapa siempre la libertad como el aire. Bonó no puede escribir hoy, y lo que no puede decirse en la prensa, amordazada, ni en la tribuna, oprimida, se dice privadamente. Cuando las conciencias se transforman de esta radical tiranía, un cambio poderoso se verificará en todos los patriotas, y la patria se levantará radiante de elocuencia y de valor para revivir todos los ánimos y reivindicar los de-

rechos.

Hay que esperarlo así, porque la Providencia no ha hecho los pueblos para ser esclavos sino para ser libres, y éstos buscan la libertad como los ríos el nivel.

Antes de terminar esta breve y desaliñada biografía, quiero recordar las palabras que dijo don Pedro Bonó á uno de sus amigos durante el Gobierno opresor de Baez, en la época del terror de los seis años terribles:

“Confiad en la libertad, en el pueblo y en la Providencia, y esperad el castigo del tirano”. Su predicción se cumplió.

Es Bonó filósofo profundo, capaz de leer hasta en el fondo de las humanas intenciones y de abrazar en su fecunda mente las diversas ramas del saber humano. Es opuesto á las arbitrariedades como á lo artificial, y les corrige con enérgicos rasgos de su brillante pluma, condenando al mismo tiempo la política de expediente para inspirar la justa esperanza de la victoria del derecho; y lucirá un día ese triunfo, porque no hay nada tan sencillo ni fecundo como reivindicar y conservar la libertad, cuando se contempla atentamente la vida de tales hombres.





## MAXIMO GRULLON

Hombre íntegro y de conciencia pura, conciso en su palabra, sobrio en su estilo, mesurado en sus términos, grave en su porte y honrado en todas sus acciones, afectuoso, correcto, delicado en sus maneras, atento y puntual, y lleno de firmeza en los combates, era un defensor decidido de la justicia.

Es una verdad inconcusa que el carácter de las naciones está fundado sobre el de los individuos que la componen; y jamás podrá distinguirse una nación por su moralidad y por su consagración al bien cuando sus ciudadanos, individual y colectivamente, no posean iguales cualidades.

En las luchas de la independencia y de la restauración, teníamos patria porque la nación tenía grandes patriotas y honrados ciudadanos que con inteligencia, valor y honradez, sabían conquistarle su independencia. Hoy la nación ha perdido principios y sentimientos sin los que la libertad desaparece. Hoy el amor á la patria se carga en el fondo del bolsillo; anteriormente se llevaba grabado en el fondo del corazón. Muy pocos piensan actualmente en el porvenir, y parece que creen que la ti-

ranía que los humilla y avasalla no tendrá fin, sostenida por la perversión de los grandes sentimientos populares; y como si la patria y el patriotismo fueran una quimera, corren detrás del opresor á venderles sus derechos y sus libertades, con lo cual tienen los estúpidos la lógica satisfacción de sus vicios y los inteligentes, la menguada satisfacción de sus bajezas. La concupiscencia se sobrepone á cualquiera otra consideración. El fraude en todos los negocios es regla, en vez de ser la excepción. En política se engañan los unos á los otros, sin que ninguno tenga el valor de protestar contra la infamia. Al contemplar esta vergonzosa situación, es cuando podemos apreciar mejor la grandeza de los hombres cuyos principales rasgos venimos refiriendo. Como don Máximo, todos sus compañeros tenían conciencia y patriotismo.

Era don Máximo consecuente con los amigos y tolerante con las ideas de los demás.

Las ideas de democracia y libertad, que tan profundamente residían en él, tuvieron su manifestación el 7 de Julio de 1857, donde brillaron, trasformando la República, dando calor de vida á todos los ciudadanos. Sin el prestigio del genio, tenía la habilidad del político honrado.

Convencido plenamente de que ningún pueblo honrado pierde su libertad sino con su vida, luchó con vigor por la legalidad, ayudando á extinguir la indiferencia por el mejoramiento, y á borrar con empeño la perversión que dejan siempre en las masas los tiranos.

El sufrimiento y la energía templaron el alma de ese noble ciudadano, y en medio del ruido de las bayonetas y del estruendo del cañón, se reconocía su bravura en favor de la independencia de



su patria.

En la guerra de la independencia contra Haití se distinguió don Máximo como valiente oficial de caballería, y prestó buenos servicios en la primera República.

Después se disgustó con el General Santana, por la traición que éste hizo al Gobierno del General don José D. Valverde.

Al verificarse la anexión á España, don Máximo, como todos sus amigos, se afiliaron en las líneas de la oposición. Prisionero con varios en el acontecimiento de Febrero, fué condenado á durísima prisión.

El día de la batalla del fuerte, estaba retenido en la fortaleza este hombre intrépido; y cuando más recio y terrible era el combate, despreciando aquella espantosa granizada de balas, saltó heroicamente las trincheras y se pasó á los patriotas. "Prefiero morir, dijo, á permanecer prisionero de los opresores. Que desaparezca la ciudad; pero que se salve la patria!" El que escribe esta breve biografía mandaba, aquel día de eterna gloria, la línea por donde se pasó don Máximo, y sabe lo peligroso y difícil que era en aquel momento supremo entrar á la fortaleza, ó salir de ella; y no ha podido borrar jamás de su mente aquel heroico rasgo.

Consagrado don Máximo, desde aquel momento, al servicio de la patria, aceptó el Ministerio de lo Interior del Gobierno del 14 de Setiembre de 1863.

Jamás se separó de su partido ni de sus amigos. Bajo el peso de la oprobiosa tiranía de Baez, sufrió muchas persecuciones, sin perder jamás su valor ni su firmeza. Después se lanzó con toda su fuerza en la evolución contra González, quien se a-

partó del camino trazado por la ley.

En la última administración de Baez, junto con el benemérito General Benito Monción, inició en Dajabón la lucha, y después de larga y heroica labor, murió desterrado en Cap Haitien.

Dos años después de su sentida é irreparable muerte, su respetable familia trasladó sus veneradas cenizas á Santiago.

Concentrado en su patriotismo y en su lealtad, los azares de la tormenta de la vida pública no lograron disminuir su entereza ni separarlo del sagrado cumplimiento de sus deberes.

Era Grullón de talla regular, ancho de espaldas, de fuerte y vigorosa constitución. Sus facciones eran correctas, pobladas las cejas; tenía mirada penetrante, voz dulce y atractiva, y todo él, notable por su delicadeza. Fué gran patriota, honrado comerciante, político hábil, leal amigo y excelente padre de familia. Su naturalidad constituía el tipo más perfecto del tradicional carácter dominicano. A una aparente indolencia, reunía en determinados momentos la vivacidad, sin separarse jamás de la moderación. Sus consejos fueron siempre de gran peso, inspirado en la más exquisita experiencia. Sus palabras, dichas siempre con sentimiento y fervor, despertaban en las crisis, exaltación febril, por la confianza que inspiraba este hombre bueno. Con la calma en el ánimo y la razón en el discurso, con una aspiración tenaz é incontrastable al bien público, fué una figura digna de ser respetada.

## EPILOGO

Otros buenos y respetables ciudadanos formaron parte de los gobiernos de la restauración, como don Roberto Senoir, don Sebastián Valverde, el General Genaro Perpiñán, el General Silverio Delmonte, el honorable General Bartolo Mejía, los patriotas generales don Pedro Prudhomme, Feneón Prudhomme, don Vicente Morel, don Segundo Peralta, don Teodoro Hénecken, los generales Pedro Gregorio Martínez, Federico García, don José Glas y el joven poeta y General Manuel Rodríguez Objío. Este ardiente patriota, con el sentimiento y el delirante entusiasmo de un poeta esclarecido, conmovido por los asombrosos relámpagos de la guerra nacional, salió de Cacaras con el ilustre General don Juan Pablo Duarte, el distinguido hermano de éste, don Celestino Duarte, el anciano y noble tío de ambos, General don Mariano Diez, y llegaron á Santiago de los Caballeros. Al contemplar las ruinas de aquella ciudad varonil, abarcó en su alma todo el horizonte de aquella titánica lucha, y lleno de admiración por sus defensores, con alma grande y levantada cantó la magnífica abnegación de aquella ciudad inmortal. Su numen poético se despertó para cantar las hazañas inmarcesibles de la patria, con bien sentidos acentos. Su amor á su país y á la libertad le llevó á todas partes. No le gustaba

la quietud; que había nacido para el movimiento. Su musa era la democracia; por ella se batió con entusiasmo. Como para Espronceda, para Objío lo primero era la libertad de su país.

Con su mirada de águila profundizó las pasmosas agitaciones de los hombres de aquella época, y ansioso de servir á su patria, le prestó importantísimos servicios. La buena voluntad y la verdad lucían en su trato. Objío era un conjunto de excelentes condiciones.

Fué Ministro del Gobierno del General Gaspar Polanco y Secretario de Luperón; después, Ministro del Triunvirato. Acompañó á Luperón en varias campañas, probó las amarguras del ostracismo, se incorporó á la expedición de Luperón en la Línea del Norte contra Baez, y este funesto mandatario, que sin razón había puesto toda su voluntad en el despotismo, en los crímenes y en la crueldad, sin temor al juicio de los hombres ni al castigo de Dios; que desgarraba las leyes y promulgaba sus caprichos; Baez, verdugo de los libertadores de la patria, fusiló á Objío, cuya lira había fatigado el despotismo de aquel sombrío caudillo.

Este joven desgraciado era una hermosísima esperanza.

.....

Otro buen patriota y distinguido ciudadano formó parte del Gobierno del General Gaspar Polanco, Don Rafael María Leyba. Era modelo de orden y de economía en la Hacienda; fué muy consecuente con sus amigos y ardiente patriota que deseaba ver libre la patria; pero no era político. Sufrió una prisión injusta durante el Gobierno del General Pimentel, sin ser enemigo de ningún partido.



Hemos trazado ligeramente las biografías de los hombres que constituyeron el gobierno del 14 de Setiembre de 1863. Se sabrá por ellas quiénes fueron aquellos hombres que, salidos de hondos calabozos, agrupados sobre montones de escombros humeantes todavía, con el corazón palpitante de amargura, pero henchido de entusiasmo, presa su alma de febril delirio por la libertad, viendo ensangrentado el suelo por el verdugo dominador, incendiadas sus más ricas ciudades, desolados sus campos, amenazados de exterminio todos sus compatriotas, destrozadas en mil pedazos todas las leyes de la conmiseración, y desgarradas las familias, sin más hogar que el que les brindaba la clemencia de los bondadosos campesinos, reconstituyeron la nacionalidad.

Tenían aquellos hombres la incontrastable fuerza que se necesita en las grandes circunstancias anormales.

Su política era franca, su diplomacia correcta. Parecían esos hombres el eco de los tumultos y eran la encarnación de maduras experiencias, llegando á tiempo para ayudar poderosamente á destruir aquella durísima dominación. Conocedores de las ciencias sociales y económicas, sabían dominar las impaciencias y las crisis. Abarcaban en su vasta mente los diversos ramos del Gobierno, por el conocimiento de la naturaleza de las cosas y de la sociedad. Y como nada adelanta la política en contra-

riar las leyes de la sociedad, lejos de ir contra ellas, sentían la necesidad de marchar con ellas, porque la libertad es como el océano, que parece infinito, pero tiene sus límites. Aunque los pueblos latinos van luego á buscar en un momento la muerte por la libertad, más que á consagrar á la libertad toda su vida, como si llevaran en sus entrañas el funesto germen de su destrucción y en su espíritu la locura de su impaciencia, aquellos hombres tenían el heroísmo que improvisa las soluciones más brillantes, con la calma que ayuda á dirigir los pueblos en las obras más difíciles, como lo son siempre las guerras nacionales. Y nada les faltó por hacer en aquella guerra gigantesca.

## ALFREDO DEETJEN

Distinguido comerciante, apreciable caballero, patriota honrado, excelente y leal amigo, afable padre de familia y modelo de ternura; cariñoso y atento, noble y generoso con todos, tal era este hombre notable, antes que las revueltas políticas de la República Dominicana lo revelaran como hombre público.

Franco y correcto en sus relaciones, amante del progreso y de la libertad, ayudó cuanto pudo en la santa causa de la independencia nacional contra Haití; pero el hecho de haber nacido en Cap Haitien, no le permitió demostrar todo el afecto que tenía por su patria adoptiva; ello no obstante tomó una parte muy activa y muy importante en favor de los sucesos del memorable 7 de Julio de 1857.

Cuando Santana, tan inconscientemente consumó la malhadada anexión de la República Dominicana á España, en 1861, las circunstancias cambiaron. Creyó Deetjen que su deber era propagar por todas partes ideas revolucionarias, y su expresiva y elocuente palabra fué su arma poderosa para minar el baluarte de la dominación. Influ-

yente en los campos por el poder de su importante casa de comercio, y en los pueblos por su fineza, explicaba á todos lo horrible de aquella usurpación, y la tremenda perspectiva que tenía delante el hijo del país, enseñando a los pueblos que para alcanzar el don precioso de la independendia, no debían escatimarse sacrificios; que había la suprema necesidad de luchar con bravura para reconquistar la libertad.

Su heroismo improvisaba soluciones brillantes, como que brotaban de lo más hondo del patriotismo. Les recordaba con vehemente pasión la constancia de los holandeses, la tenacidad de los suizos y el sublime heroismo de los mismos españoles para reconquistar su independendia nacional. Les repetía que aunque no tuvieran la seguridad de ganar la victoria, debían lanzarse al combate por la patria, porque el triunfo en la lucha de los valientes, queda siempre en favor de los que defienden la libertad. Los forzaba á que levantaran la conciencia nacional, tan alta como la salvación de la patria lo exigía; que emplearan la prodigiosa palanca de la voluntad individual para conseguir los anhelados fines y aquellas ardientes palabras eran efluvios de fuego.

Prisionero de los españoles, que no podían perdonar tanta osadía, en el acontecimiento de Febrero de 1862; condenado á penosísima prisión y salvado como sus valerosos y nobles compañeros, á fuerza de dinero; tan pronto como asomó el segundo movimiento del 16 de Agosto de 1863, se incorporó á la revolución, y con verdadera entereza de hombre inteligente y resuelto fué uno de los distinguidos ministros que constituyeron el Gobierno de 13 de Setiembre de 1863. Durante aquella guerra titánica, prestó eminentes servicios. Después,



cuando sonó el clarín fatal de las reyertas civiles; en medio de tantas desgracias, y á pesar de implacables persecuciones y de innumerables sufrimientos, jamás vaciló, siempre se le ha encontrado firme en los principios democráticos, leal á sus compañeros y amigos, y consecuente con su partido, inmutable en los peligros y en las grandes dificultades.

Deetjen ha luchado con vigor y tesón por la libertad y por la patria como los náufragos con las olas, sin doblegarse por la impetuosidad del torrente de la tiranía. El ha combatido siempre las tendencias perversas que arrastran á su perdición las santas instituciones de la República, sosteniendo sus ideas con toda la virilidad de su carácter y con el resplandor de su prestigio. El ha pedido cuenta estrecha á los tiranos de la libertad perdida y de los derechos conculcados, y de ahí nace su grande influencia en las grandes crisis. El ha desempeñado desde la Presidencia provisional de la República, hasta la Presidencia de la Cámara Legislativa, importantes puestos públicos, con completa dignidad.

Con ánimo levantado ha sustentado siempre sus nobles pensamientos, lanzando juicios fulminantes contra los malos. Con una reputación honorable, Deetjen es considerado y respetado en toda la isla, haciéndose digno de la confianza y de la estimación general.

Por más implacable que contra él hayan sido sus enemigos, ninguno podrá borrar sus nobles servicios ni amenguar sus glorias, y podemos asegurar que jamás ha conocido las acres satisfacciones de la venganza. Anciano hoy, sin siniestros sentimientos de odio, no se ha apagado en su corazón el amor á la patria, á las libertades, al honor y al deber.



